

## UN PINTOR COLONIAL DESCONOCIDO

P O R

F R A N C I S C O   D E   L A   M A Z A

**D**URANTE la IX Sesión del Congreso de Historia que se celebró el año pasado en la ciudad de Zacatecas, tuve ocasión de conocer y estudiar una pintura de un artista colonial desconocido hasta ahora: Mariano Morelos. La obra es una *Purísima*, propiedad de mi amigo Federico Sescosse, quien tuvo la gentileza de mostrármela y proporcionarme las fotografías que publico. Está firmada y fechada en la ciudad de México, en 1806, lo que hace suponer que Mariano Morelos perteneció a la Academia de San Carlos, que tiranizaba en todo cuanto de arte se hacía en la Nueva España, además de que su estilo así lo confirma. Fué rescatada la pintura por Sescosse de la hacienda de la Purísima, en Apozol, Estado de Zacatecas; dado el nombre de la hacienda es casi seguro que el dueño en aquella época encargara a Morelos la pintura titular de su propiedad. Fué restaurada en parte por el pintor Francisco Goitia. Mide 1.34 m. de ancho por 2.58 m. de alto y está pintada en tela pegada sobre madera.

La Virgen es la tradicional mujer apocalíptica, con casi todos los elementos del capítulo XII de la visión de San Juan: la mujer antes del parto;

la luna a sus pies; el dragón-serpiente y la aureola de las doce estrellas. Cuatro querubines, en lugar del arcángel heridor del monstruo, acompañan a la doncella que púdicamente cruza sus manos e inclina sus ojos al suelo. Sus manos son finas, delgadas, que se pliegan y se cubren como dos palomas sobre el virgen pecho adolescente. Y el rostro, alargado, pálido, es como un anticipo al romanticismo de esas jovencitas litográficas que ilustraron las novelas y las piezas de música de mediados del siglo XIX. Se irgue con suma elegancia, ondulando levemente la esbeltez de su cuerpo, dejando revolar el vestido y el manto en ese aire de los pintores barrocos de las purísimas. Aquí sin embargo el aire es más calmado, así como esa desolación que rodea a la Virgen y a la cual no estamos acostumbrados en la pintura brillante y colorida de los siglos XVII y XVIII. Se presenta la Virgen sola y austera, como conciente de la misión providencial a que según la fe cristiana fué destinada.

Pertenece al estilo académico, que principia en México con las desgraciadamente célebres dulzuras de Miguel Cabrera y sus discípulos. Es bella y espiritual, pero como toda esa pintura de época, totalmente alejada de la realidad; sin embargo, ante estas frías imágenes se inclinaba la devotería de clérigos, monjas y damas de aquel entonces, también en lejanía completa de su propia realidad. Hay un detalle interesante: los querubines, que como casi siempre en estas pinturas, son muy graciosos; no cabe duda que había un gustillo paternal en estos señores al redondear esas caritas sonrosadas, inocentes, deliciosas, que llegan a veces a ser verdaderas obras de arte como los niños alados que Cabrera, en momentos de buen pintor, dejó en los cuadros de la sacristía de la Compañía de Jesús, en Guanajuato.

Recientemente he podido conocer, en una colección particular de la ciudad de México, dos retratos de Mariano Morelos: el del bachiller José María Toral, que fué sacristán mayor de la Colegiata de Guadalupe, fechado en 1818, y el de su madre doña Isabel Rodríguez Urbiola.